

## NAJIDA

El Sol asomaba ya en el horizonte, sus rayos atravesaban el plástico del invernadero, aún quedaban al menos 6 horas de trabajo.

Najida sentía como su espalda parecía que se iba a partir, después de tantas temporadas de recogida, la postura inclinada para cortar los frutos del arbusto le estaban pasando factura, y por Dios, ojalá resistiera durante muchos años para continuar realizando ese trabajo.

Poco a poco, se incorporó y sacó un largo pañuelo rojo, lo enrolló casi como si fuera una cuerda y lo anudó a su tez morena, justo por encima de las cejas, sabía que el calor del día pronto llenaría de sudor su frente y no quería que le escocieran los ojos.

-Eh! Negra! - escuchó gritar a Khalid, el capataz marroquí que estaba al tanto de su equipo de trabajo - ¡Vuelve a agachar tu espalda, las fresas no se van a recoger solas, además prefiero mirar tu culo antes que esa máscara de odio a la que llamas cara!

Najida obedeció, agarró el pequeño cuchillo en forma de hoz con sus manos repletas de cicatrices y siguió llenando la sucia cesta que utilizaba para guardar el fruto, cuando la completara podría ir a vaciarla en los grandes cajones donde éstas se apilaban y beber un poco de agua del cántaro de agua sucia, recogida de un aljibe, en el barrio de chabolas donde residían.

Mientras completaban su trabajo apareció el encargado, un tipo blanco y gordo, con una camisa de cuadros, abierta hasta el ombligo, se quejaba del calor junto a un muchacho más joven, también de tez pálida, con una camisa bien planchada, con el logotipo de alguna marca que ella no conocía, ambos fumaban cigarrillos mientras abroncaban a Khalid porque no estaban cumpliendo las expectativas. -¡Si no aceleramos la marcha, se pudrirán las fresas antes de llegar a los mercados! ¡Acaso quieres que me arruine moro ingrato!! Rugía el tipo gordo- ¡El dueño de las tierras, aquí presente, está harto de que abuséis de su hospitalidad! ¡Dice que ha visto como las trabajadoras haraganeaban y pasaban el rato hablando en vuestro lenguaje y comiendo las fresas que con tanta dificultad tratamos de vender, todo, para mantener vuestras sucias familias! ¡Así que haz que apreten el culo éstas malnacidas o iré a buscar a alguien que les inspire más respeto!

Najida, miró la cara de Khalid, como la agachaba como un perro apaleado y seguidamente se giraba para gritar a las chicas que se habían detenido a ver como reprendían a su capataz.

Ella dirigió su verde mirada a los azules ojos del chico rubio que había heredado las tierras. Se decía que tenía más terrenos que pelo en la cabeza, y tenía una melena bastante abundante.

Cayetano, como se llamaba el muchacho, sorprendió a la muchacha saharauí mirándole fijamente. Su expresión inspiraba mucha incomodidad en él, aunque también le parecía muy atractiva, para ser una negra.

-¡Eh! ¡Sebastián! -dijo al hombre gordo que paseaba entre las trabajadoras mirándolas con desprecio - ¿cómo se llama esa negra? ¿Habla español?

- No suele hablar ni con sus compañeros, pero entiende perfectamente -dijo él- ¡Muchacha! ¿se te ha comido la lengua el gato o no sabes qué está preguntando el señor Cayetano?

Ella se irguió, medía algo más de 1'70, su larga melena peinada en pequeñas trenzas cayó por su espalda justo hasta la cintura y respondió lo más respetuosamente que pudo a pesar del fuego que ardía en su interior. -Najida, me llamo buen señor, "aquella que afrontará tareas difíciles" en mi lengua materna. Padre nunca tuve que me diera un apellido - dicho esto, siguió con su labor.

Los blancos se marcharon y la jornada continuó con normalidad, si se puede llamar así a que un energúmeno como Khalid continuara todo el día gritando a las pobres chicas que estaban bajo su responsabilidad, algunas aún menores de edad y la mayoría apenas entendían lo que les decía, ya que el gritaba en castellano, más para que le escuchara el patrón, que para hacer avanzar a las mujeres.

Al finalizar la jornada de trabajo, los trabajadores, en su mayoría mujeres africanas podían asearse en unas duchas portátiles que estaban junto a la caravana de Sebastián en cuyo portal se sentaba éste a beber una cerveza fría y a observar a las chicas, a algunas con descaro mientras iban al compartimento de los aseos.

-¡Eh! ¡Negra! - gritó a Najida mientras esta pasaba con su pequeño macuto con ropa limpia y un jabón barato, de limpiar la vajilla con el que ella se duchaba, - Acércate, mira-susurró- creo que al patrón le has caído en gracia, quien sabe, si sabes sacarle partido a ese cuerpo que Dios te ha dado, lo mismo te coloca de capataz en alguna plantación, o te lleva a Sevilla a su mansión, a que cuides de sus hijos. Piénsalo, no me lo tomes a mal, pero si yo fuera 30 años más joven lo mismo te tomaba por esposa y te trataba como a una reina, en vez de que te dejaras la espalda por una miseria. Piénsalo bien.

Najida sonrió tímidamente, y agradeció al patrón los halagos, "lo pensaré" dijo, mientras tragaba saliva como si fueran cristales rotos y ahogaba unas lágrimas que pugnaban por abandonar sus verdes ojos.

Mientras se duchaba sentía el sabor salado de sus lágrimas, se frotaba el jabón barato por las cicatrices que marcaban su cuerpo, esas heridas que nunca terminarían de cerrarse, las dos veces que necesitó para poder saltar la valla de Ceuta y los cortes que ésta le provocaron, la primera vez, con apenas 16 años, un hombre de mayor envergadura que ella, le agarró de una pierna y utilizó el cuerpo de ella para cruzar por encima del alambre de espino sin recibir ningún corte, ella no tuvo tanta suerte, su vientre, pecho, rodilla y axila derechas fueron clavadas en la púas, al tirar para liberarse, cayó de nuevo en territorio marroquí. Sangrando, buscó refugio antes de que llegaran las autoridades y tardó varios meses en curar las infecciones de aquellas heridas, con agua de mar y vendajes con jirones de harapos.

Gracias a las enseñanzas de su madre, allá en la Wilaba más cercana de El Aahiún, donde ésta le enseñó las plantas que crecen en terrenos secos, como el desierto en el que vivían y que podrían ayudarle a sanar una herida.

Cuando su madre falleció, por unas fiebres, y sin nadie más de su familia que pudiera alimentar a una joven boca en edad de crecimiento, Najida, decidió, que viajaría a España, pues ,¿Acaso el Sahara no era territorio español? Ella se consideraba tan española como los voluntarios que llegaban de vez en cuando a traer medicinas y productos de primera necesidad. Ya había cumplido 12 años y debía tomar las riendas de su vida, cargó en un pequeño saco sus escasas posesiones y se unió a un grupo de jóvenes que también soñaban con la tierra de las oportunidades.

Todo esto lo recordaba mientras el agua bajaba por su cuerpo.

-¡Eh! ¡negra! - escuchó decir a una chica sudamericana varios años y unos veinte kilos mayor que ella- ¡¡Deja las ensoñaciones y termina, algunas tenemos que atender a nuestros maridos que nos están esperando en casa!!

Najida se encontraba mirando al techo en su pequeña chabola, construida con pedazos de chapa abandonados, cartones y palets de madera, cuyas astillas se le habían infectado en un dedo, miraba sus escasas posesiones, una maleta vieja recogida de un contenedor y donde ella guardaba la ropa que desechaban los españoles. Apenas gastaba en comida y lavaba la ropa con el mismo jabón que utilizaba para bañarse ella y limpiar sus enseres de hojalata.

Se recostó en el lecho de sábanas, cortinas y demás telas que había ido encontrando y pensaba en la lata que tenía bajo este, donde guardaba la mayoría de sus ahorros, para un mañana mejor se decía, siempre había soñado con ese mañana mejor, en El Aahiún, cuando vendía lo único que tenía para conseguir un boleto a Rabat, le salió muy caro el billete, lo pagó en lágrimas y sangre, tardó 3 años en conseguir el dinero para llegar allí. Cumplió 15 años mendigando en las calles de la ciudad. En las noches ofrecía su dignidad para poder comprar una oportunidad, una vez llegara a Ceuta.

Tras su primer y fallido intento de cruzar la verja, esperó otro par de años, cuando consiguió saltarla deambuló todo un año por las calles de Ceuta, donde practicó incansables horas el castellano.

La peor experiencia de su vida fue el viaje en patera, donde fallecieron varios de sus compañeros de travesía.

Al fin, la costa de Cádiz, la carrera entre los veraneantes que estaban tomando el Sol y perderse entre las calles escapando de la guardia civil. Hace ya 5 años que llegó a Huelva, ya había vivido muchos más años que su madre y su abuela.

“Lo pensaré”, se repitió con cara de asco, mientras se quedaba dormida, mañana debía madrugar, al fin y al cabo, “ las fresas no van a recogerse solas” .....